

El niño sigue caminando. La ventisca estrella los densos copos de nieve contra su rostro y apenas puede levantar la cabeza para ver los cuerpos de los que lo preceden. Le basta con pisar sobre sus huellas hendidas en la capa blanca para saber que no se pierde. Tiene hambre y frío. La noche anterior fueron atacados por una manada de lobos que salieron de pronto de la nada y mataron a cuatro. En la oscuridad, no pudieron defenderse. Todos salieron huyendo y solo consiguieron volver a unirse unos pocos que son los que ahora no se paran en busca de un lugar más seguro. Los desperdigados, lejos de la protección del grupo, serán presa de las alimañas del bosque.

Siguen la orilla del río que por tramos susurra debajo de una capa helada.

Empieza a amanecer y el sol, aún invisible, emite pequeños haces anaranjados que hacen brillar el blanco azulado de las montañas, el que se acumula en las ramas de los árboles, el que envuelve sus cuerpos ateridos. Todos miran desconfiados a su alrededor, asustados ante el posible ataque de cualquier animal. Están en tierra extraña. Llevan andando mucho tiempo y su caminar errabundo, que es una huida, no tiene destino distinto que no sea el del final de sus fuerzas, el de su desesperación por seguir viviendo.

En la cabeza del grupo, el que va más adelante y que tiene una de las dos lanzas de las que disponen, se detiene y por un momento, todos se paran. Los más pequeños, rezagados, alcanzan a los demás y buscan a sus progenitores. Se miran unos a otros para comprobar las bajas. En la marcha han quedado unos pocos, pero no era prudente pararse. La vida de los demás es poca cosa cuando acecha tanto peligro a la de uno.

Necesitan beber. Necesitan dormir. Necesitan comer. Necesitan calentarse. Necesitan refugiarse.

El niño mira a su alrededor y no está su madre. Sabe que no la volverá a ver.

Un joven alza el brazo y apunta con el extremo de su lanza en una dirección en el horizonte. Hay una montaña distinta a las demás. La cumbre es afilada como el pico de un ave. A medio camino entre el suelo y su cresta se ve un hilo de humo que sale

como una emanación del vientre de la tierra. Todos intentan husmear, reconocer el olor de la madera quemada, pero sigue estando lejos.

Y, después de tanto tiempo, sienten un estímulo distinto. Algo que les pone contentos. Y después de tanto tiempo, saben de un lugar adonde ir.

Una montaña junto al río. Una altura que les permitirá ver sin ser vistos. Caza. Fuego.

El sol se va imponiendo en la mañana y los copos de la nieve que sigue cayendo se hacen más ligeros y volátiles. Cuando llegan a la entrada de la cueva encuentran a mujeres y hombres bien cubiertos con pieles. Miran al nuevo grupo intruso con sus lanzas en la mano y por un momento se sienten amenazados. Se acercan y los recién llegados se achantan débiles, famélicos, humillados. La influencia del fuego cercano hace que la nieve que reposa en el pelo del niño se licue y confunda con las lágrimas de sus ojos. Una hembra que lo ve, sale de dentro de la cueva y por alguna razón lleva la carita del niño a su pecho y lo consuela. Entonces, deja de nevar. Todos bajan sus armas y los dos clanes se unen junto al fuego mientras, por debajo del sol, se ven las nubes trepar por las montañas.

Ahora todos son uno. Se calientan juntos. Comen juntos. Morirán juntos.

Con la primavera el niño baja de la montaña con los mayores para cazar. El hambre es una fiera que está dentro de uno. Desde un punto elevado de la montaña divisan un grupo de ciervos que va a beber al río. El agua necesaria termina congregando a todos. Los mayores y sus lanzas con punta afilada de piedra sitúan a los niños escondidos tras unos matorrales para cortar el paso de los ciervos mientras marchan hacia ellos para atacarlos. Cuando la manada huye y parece que van a escapar, el niño sale de la maleza y los ciervos, asustados, vuelven sobre sus pasos y vuelven a encontrarse de frente a los hombres que los enfrentan con las lanzas. Ha caído un ejemplar adulto. Todos han visto la valentía del niño. Unos días sin hambre para todos. Nuevas pieles. Esquivar la muerte por un tiempo.

Ya en la cueva, al día siguiente, todos se pintan la cara con sangre del ciervo y un adulto le indica al niño que lo acompañe. Se adentran por las galerías entre las formaciones cálcicas con una antorcha. El fuego lanza a las paredes la sombra de las dos siluetas que parecen bailar sobre la piedra. El escaso foco de luz de la llama les

abre paso en la oscuridad impenetrable. Por fin llegan, tras sortear una gran cascada de piedra blanca, a un recodo que se abre a una especie de pasillo. En sus paredes hay dibujos. El fuego oscila y un ciervo parece moverse delante de ellos. El adulto pone una mano sobre la pared, extrae un polvo rojizo lo mete en su boca y a través de un pequeño hueso vaciado, sopla. Cuando la retira, aparece la silueta del reverso de su mano. Acto seguido, coge la manita del niño y la posa sobre la pared repitiendo la maniobra.

El niño se queda mirando. El fuego tiembla por las corrientes de aire internas de la cueva. Sus sombras danzan entre los animales pintados. Mira su mano pequeña allí impresa y una corriente de pensamiento lo lleva de nuevo a la escena de caza que ha vivido y con la que ha soñado esa misma noche. Y sabe que su mano, que impregna la roca, que se une a ella, como los animales que le permiten vivir, es la prueba de que él ya pertenece a esa tierra. Que la madre agua del río le surtirá de sus necesidades y que tras la de él, otras manos vendrán, porque allí formará una estirpe.

Rosaura salió del molino como si la noche pudiera aquietar sus temores. En las alturas ardían las pálidas estrellas de aquel cielo ceniciento de abril. El murmullo eterno del río Gurueva era reposado y dulce como una nana infantil, muy distinto al terrible rugido que ese mismo invierno había traído la riada que más abajo, donde se juntan los dos ríos, se había llevado por delante casas y personas. Con sus manos acariciaba su vientre, como si así pudiera hacerlo con la vida que llevaba adentro.

Una vida que cuidaría entregando la suya si fuera necesario, con todo su ánimo, con todo su amor.

Sin embargo, su insomnio no provenía de su responsabilidad maternal. Habían llegado noticias de una extraña enfermedad, asesina infalible, que sembraba la muerte por todas partes. Empezaba como un pequeño resfriado, pero pronto aparecían unos bultos, unas hinchazones que en poco tiempo ocupaban todos los rincones del cuerpo hasta la cruel extinción.

Julián sintió la cama vacía a su lado y salió a buscarla. Cuando la vio afuera con el pelo ligeramente alborotado por la brisa cálida, sintió un arrebató de ternura. Se acercó y sin decir nada la abrazó sentándose junto a ella. Miró embelesado sus

tiernos rasgos infantiles. No hacía en realidad tanto, que ambos jugaban con otros niños. Pero la vida a veces va más deprisa y cuando se quedó huérfano supo que ahora le tocaba a él encargarse del molino queriendo para siempre a Rosaura y fundar una familia.

—Tengo miedo —dijo ella mientras tocaba su vientre.

Julián sonrió. El miedo de las mujeres. El molino iba bien: su oficio era próspero. Nunca le faltaría agua al río y siempre tendría encargos. Además, ahora estaban construyendo un puente un poco más arriba y habría nuevos caminos, nuevos clientes. Todos los vecinos estaban volcados en su construcción. Cerca, en Castañeda, donde está el monasterio, se habla de que van a construir una gran iglesia. Cruzando el río por allí se aseguraban el comercio. Nuevas casas. Más seguridad. Él mismo estaba implicado. Transportaba piedra, la colocaba. Donde hay un puente, el río se hace amigo del hombre.

Aquel día, cuando Julián se despidió, Rosaura tuvo una mala intuición. Era como cualquier otra jornada. Él iba donde el puente nuevo para ayudar en su construcción. Había que trabajar deprisa, antes de que las lluvias del otoño y del invierno trajeran las riadas. Pero él la besó y dijo:

—No tengas miedo. Yo te cuidaré siempre.

Ya en la orilla, junto con otros vecinos, acarreaban las piedras. Habían venido de muy lejos dos nuevos canteros. Todos trabajaban con denuedo, hombro con hombro. Transportaban los mejores bloques a los canteros que los cincelaban y cuando los terminaban Julián y los demás los llevaban junto al río y los colocaban. La mansedumbre del curso del río no impedía su labor. Cuando juntos pararon a comer y compartieron sus viandas, uno de los canteros nuevos que había venido del sur, empezó a sentirse mal. El trabajo era duro y el sol por momentos apretaba. Se tumbó en el suelo entre temblores. Los demás lo auxiliaron. Su cuerpo ardía. Cuando iban a tumbarlo, Julián lo cogió de una axila y notó bajo el paño de la camisa un bulto. Lo desabrocharon y vieron varios bubones que habían brotado de su cuerpo. Una constelación de turbios pensamientos lo confundieron. La muerte y la vida fugaz.

Pensó en Rosaura y en su hijo. No volvería al molino. Él podía llevar consigo ya el estigma.

Aquella noche Rosaura lloró al comprobar que Julián no regresaba. Sabía que él nunca la dejaría sola. Temió lo peor. Se desesperó. Lloró por adelantado una desgracia que no conocía. Pero pensó en su futuro hijo y no se movió.

Al día siguiente, por la mañana, un vecino que venía por el camino con un burro la llamó. Ella se asomó por la ventana.

—La peste anda por donde el puente.

Julián no vendrá.

La vida cuelga de un hilo siempre. Las oraciones y los lamentos, no la evitan.

Pasó el tiempo y una mañana llegó el momento. Las agudas punzadas de su vientre fueron el anuncio. El dolor fue la vida. Agotada y desesperada por la tristeza, dio a luz. Con un cuchillo y las fuerzas mermadas cortó el cordón umbilical. El bebé, una masa sanguinolenta, parecía no respirar. Rosaura salió del molino casi arrastrándose y llegó a la corriente liviana de la orilla del río. Con el hueco de la mano cogió agua y limpió de sangre al niño. Sus ojitos cerrados, sus puños apretados junto a su cuerpo. No reaccionaba. Por fin, lo sumergió completo en el agua, y despertó al milagro de la vida. Con los ojos abiertos como en un sobresalto, dio un agudo berrido. Y Rosaura supo que el río le había devuelto otro Julián que también amaría siempre.

El coche de caballos se paró junto a la puerta y de él se bajó un hombre ya en la madurez, con todo su pelo y un bigote poblado. Se estiró, como para desentumecerse por el viaje desde Santander. El sol distribuía una tímida luminosidad que hacía más vivas las verdes praderas, más arbolados los poblados bosques, más sólidas las casonas de piedra. El hombre giró a su alrededor y su mirada parecía estar dotada para ver más que las de los demás, en su concentración y pausa. De complexión fuerte, su rostro reflejaba una imperturbabilidad flemática y sus gestos, plenos de inteligencia, mostraban un aire forastero por la inevitable sorpresa que le daba la novedad de cuanto veía, la belleza del paisaje y del día radiante.

Bajó de la berlina una bolsa de viaje que no parecía pesar mucho, se despidió del cochero y atravesó el portalón del edificio que tenía una cancela metálica abierta.

Sobre un mostrador había un periódico doblado que se puso a hojear en silencio hasta que de la oscuridad del fondo salió un joven que le preguntó su nombre.

—Benito Pérez Galdós —respondió, con un acento musical que lo alejaba mucho de aquellas tierras.

A Don Benito le gusta mucho su habitación, con su cama austera de largueros de madera oscura, una pequeña mesa firme, ideal para escribir, y una ventana que, como en un cuadro, le mostraba un paisaje sublime de árboles cimbreándose con el viento, entretenido siempre en alisar las cosas, de valles sobrevolados por incansables aves majestuosas, del río Pas ronroneando en su discurrir imparable, aunque tropezado por el corto caudal del verano.

Sin embargo, su apariencia tranquila, su carácter introvertido, su timidez, ocultan las turbulencias de su espíritu. Su alma de escritor bulle, alimenta nuevas historias que nacen y mueren en su cabeza. Desde que publicó su novela “El audaz” el año anterior, no parece capaz de canalizar esa íntima necesidad de escribir. Se podrían contar tantas cosas... Pero, de verdad, con lo que pasa en España, ¿uno debe de centrarse en un nuevo relato costumbrista, de personajes que, con sus virtudes y sus defectos, cualquiera puede ver por la calle con solo abrir los ojos? Apenas hace un par de meses se han vuelto a levantar los carlistas, ¡por tercera vez! Han pasado casi cuarenta años desde la primera guerra y la patria no cambia. ¿Cómo explicar que España debe avanzar? Que las personas necesitan libertad.

Su amigo, Pereda, lo conoce, y él lo sabe. Lo ha convencido muchas veces.

—Véngase a Santander, querido amigo. En Madrid el verano es insufrible. Aquí encontrará el sosiego, el buen clima y el mar que allí le falta. Debería instalarse en el Sardinero. Hay allí una finca, la de “San Quintín”, donde encontrará la paz.

Un isleño, como él, necesita su dosis de mar y por eso el año pasado le hizo caso y se instaló en el verano en Santander. Pereda fue su cicerone. Se empeñó con ese carácter tan vehemente en acompañarlo, en presentarle gente y lugares y consiguió crearle el vicio. Aunque no pueden hablar de política. De distintas ideas y convicciones solo parece que comparten la preocupación por la nación.

Hace apenas un mes, con la llegada del verano ha vuelto a Santander y allí Pereda lo ha llevado a la plaza de Pombo donde le ha presentado a un anciano

gallego, Pedro Galán, que fue grumete del navío *Santísima Trinidad* que combatió a los ingleses en Trafalgar. Galán, con ese afán tan marinero del entusiasmo y la exageración, les ha narrado los detalles de la vida en el barco, cada mínimo suceso de la batalla, trágica, heroica y desgraciada llenando la mente de los dos escritores de imágenes terribles con el fragor del combate.

Aquel encuentro permanece vivo en su ánimo y su instinto de escritor parece decirle que es un material que merece ser contado, porque la ficción es un disfraz de la realidad, y la creación ha de tener un propósito.

Una tarde, viendo Pereda a su amigo abismado por esa idea íntima que acucia a muchos escritores de haber creado ya lo mejor de lo que son capaces, de pensar que en el futuro no será posible mejorar lo ya hecho, le dice:

—Usted necesita encontrarse. La gente de la ciudad, el ruido que lo acompaña siempre, lo tienen paralizado. Conozco un sitio donde tendrá lo que necesita. Váyase una semana a una Casa de Baños, no muy lejos de aquí. Un lugar entre montañas llamado Puente Viesgo. El agua lo ayudará, créame.

Al principio, Don Benito parece disiparse para el mundo. Los baños, los paseos, el entorno maravilloso, fresco, de una belleza singular, la cordialidad y sencillez de los vecinos que lo saludan con amabilidad le procuran esa íntima sensación de que uno podría vivir así siempre. Su mente se libera de malos pensamientos, crece su fortaleza física y mental, como si su cuerpo se preparara para reemprender un nuevo reto.

Una mañana, optimista y robusto tras la habitual sesión de baños, charlando con un aldeano octogenario le habla de la batalla de Vargas, cuyo escenario tuvo lugar unos cuarenta años antes, en un prado junto a un recodo del río, y se ofrece a acompañarlo hasta allí. Cuando llegan, el hombre le cuenta la historia de los carlistas que se reunieron en aquel prado para atacar la guarnición liberal de Santander y cómo una vieja que iba a la botica a por medicinas para su hijo enfermo, los vio. La mujer, de vuelta a su casa, se encontró con tropas liberales y les advirtió, de tal forma que propició un ataque por sorpresa que dio a estos últimos la victoria.

Esa noche, Don Benito, en la soledad de la habitación, no podía conciliar el sueño. La noche silenciosa, bañada por la luz de la luna, entraba por la ventana. De vez en cuando el ladrido de un perro en la lejanía era respondido por otro en un ángulo

contrario, dibujando en su mente los límites geográficos del pueblo. El rumor del Pas, principal quiebra del silencio nocturno, lo convocaba. Y ese sonido monótono se convirtió en el engranaje que articuló sus ideas, sus ensoñaciones, sus propósitos.

Los cañones del *Santísima Trinidad*, los carlistas y los liberales y sus guerras fratricidas, España, como una enfermedad sin remedio a la que, no obstante, un escritor tiene que intentar sanar.

Don Benito, se levanta de la cama, prende la luz del quinqué. Sabe que está a punto de empezar una tarea descomunal que consumirá mucho tiempo, tal vez años. Contar lo que le ha pasado a la patria, como forma de exorcismo para que quien así lo lea, conozca sus males y procure evitarlos. Son muchas cosas en una historia moderna llena de avatares. Muchos episodios. Episodios nacionales.

Y comienza a escribir...

Ahora todo lo arreglan con un bono sacado por internet, pensó Ángel. Según se acercaba en su coche al hotel-balneario, sentía un poco de desazón pensando en que tendría que recuperar el correo de su hija con la felicitación del cumpleaños, donde había un archivo que era su regalo con la reserva. Confiaba en que eso pudiera servir en la recepción.

Avanzaba despacio con su coche. El otoño le sentaba muy bien a los valles, verdísimos, frondosos, con ese brillo húmedo que les daba lustre. Hacía unos veinte años que estuvo por primera vez en Cantabria. Vino con Lidia cuando aún no se había manifestado su enfermedad: fue como una especie de segundo viaje de novios. Se tomaron un empeño especial en aprovechar el tiempo que los llevó a recorrer la costa cántabra de punta a punta, desde Castro Urdiales hasta San Vicente de la Barquera, comiendo en Santoña y cenando en Comillas, bañándose por la mañana en Laredo y por la tarde en Suances. Cuando regresaron a Madrid porque él tenía que reanudar las clases, recuerda que ella dijo que tenían que volver para conocer el interior. Nunca lo hicieron. Si ella viviera todavía, se habría pasado la semana programando cada detalle con esa minuciosidad y entusiasmo tan suyo.

Ahora, todo es distinto. Cuando se casó Anabel con el valenciano y se instalaron en su ciudad, se quedó solo del todo. Bueno, casi del todo, porque en

muchos aspectos un catedrático de historia tiene algo parecido a una relación conyugal con la universidad, con sus eventos, con los alumnos, con los libros. Recién cumplidos los sesenta y nueve, la soledad vendrá ya del todo cuando no le quede más remedio que romper también ese vínculo, tal vez el último que le liga de verdad a algo en la vida.

Cuando abandonó la carretera general accediendo a la que conducía en su proximidad al hotel-balneario, redujo la velocidad y por primera vez tuvo el deseo de dejarse atrapar por todo aquello. Entre montañas boscosas se erguía el moderno edificio del hotel en sintonía con el conjunto del pueblo. Dejó el coche en el aparcamiento, se identificó en la recepción y subió a su confortable habitación.

Enseguida salió a pasear. Dejó atrás la bonita iglesia de piedra y el contiguo palacio que era el ayuntamiento y se quedó en mitad del elevado puente sobre el Pas. Apoyado en su pretil observó sin prisa desde la altura, como un pasatiempo, a los peces plateados vagabundear contra la corriente. Las casas en la orilla parecían suspendidas, subidas sobre las rocas, con sus bonitos ventanales con flores. La fragancia del aire con la penetrante humedad vegetal lo transportaba a otra dimensión. Al fondo, las montañas dibujaban un mundo distinto al que él habitaba, diferente al ajetreo con el que había regalado el tiempo de su vida.

Pensó en su próximo futuro sin las clases, la casa con un silencio roto solo por el motor del frigorífico o por sus propios pasos al transitar por el pasillo. Y así, sintió pena por lo que todavía no había perdido.

¿Es posible vivir otra vida después de casi setenta años?

El regalo de su hija incluía un tratamiento de seis días y en ese momento estaba dispuesto a aceptar que si la condición previa para ser tratado es estar afectado por un mal previo, él la cumplía.

Los siguientes días los dedicó a ocuparse con las actividades previstas. Acudió con regularidad a las atenciones que su vieja espalda venía demandando: baños de burbujas, fangos, masajes. Visitó concienzudamente con una pasión deontológica las cuevas, tomando fotos, apuntes, leyendo libros que había traído para la ocasión. Él era medievalista, pero las de El Castillo, son de las más importantes del mundo y para un amante de la historia allí es inevitable la fascinación. Por las tardes, hacía

excursiones por los valles pasiegos que a Lidia tanto le hubiera gustado visitar: Santa Cruz de Castañeda, el Palacio de Elsedo en Pámanes, Vega de Pas, Liérganes, la cueva de Hornos de la Peña, la Braguía... Cuanto más recorría, más le quedaba por ver. Alquiló una bicicleta, ¡a su edad y después de tantos años!, y por la Vía Verde del Pas daba largos paseos. A un lado, el río con su melodía armoniosa de agua abundante del otoño. A otro, el monte, con la alternancia de cajigas, castaños y eucaliptos, ofreciendo su sutil perfume entre los trinos de los pájaros. Preciosas casas de piedra. Animales pastando mirando curiosos al transeúnte. Personas con sus labores.

Los días consumidos parecían volar, al mismo tiempo que sumergían a Ángel en un estado de ánimo distinto.

Una noche, salió a pasear por el camino asfaltado que bordea el río. La noche mantenía el frescor de la tarde y su manto, como una mortaja, sólo era incomodada por los sonidos de los insectos que entonaban sus cantos solemnes originados en oscuras agrupaciones vegetales. En lo alto algunas nubes se atravesaban con la luna dándole la apariencia de una manzana mordisqueada. Avanzaba con lentitud, orientado por los guiños de las luciérnagas. Al fondo, las casas del pueblo con luces lánguidas transmitían señales fugaces, lanzando destellos de actividad mortecina. Se apoyó sobre una pared de piedras junto a la antigua estación, donde una vieja locomotora invitaba a la evocación. Alzó la mirada. El cielo nocturno, pozo de estrellas, parecía mandar mensajes con sus débiles latidos. En ese momento, en ese preciso momento, creyó mirarse a sí mismo como desde la distancia y sintió que la vida podía empezar de nuevo otra vez.

Sintió que el propio Puente Viesgo, como él mismo, había tenido sus primaveras, sus veranos, sus otoños y sus inviernos en los que muchos hombres habían muerto y renacido. Empujados unas veces por su valentía, otras por su corazón, o por su inteligencia.

Cerró los ojos como para apretarlos e impedir a una lágrima salir. La última que iba a echar por todo lo que había perdido, porque ahora debía de poner toda su sabiduría en seguir viviendo, aunque fuera de otra manera.

Y en la oscuridad, la infinita pavana del Pas que nunca para, se empeñaba en darle la razón.